



LA LUZ

LAVAGNINI

El juramento u obligación que acaba de contraer ante todos y fundamentalmente consigo mismo,, como el propósito que lleva a cabo en el testamento, en su vida profana, y con el cual las resoluciones iniciales del mismo testamento se hallan solemnemente confirmadas y selladas, hace al recipiendario digno de ver la luz, cayéndosele por completo de los ojos la venda de ilusión que le impedía ver la realidad en sí.

Y la luz se le da simbólicamente por dos veces, después de haberlo hecho salir momentáneamente del templo para que recomponga las irregularidades simbólicas de su vestido.

Habiéndose declarado dispuesto a confirmar su juramento -a falta de lo cual siempre se le concede la facultad de retirarse-, cae de sus ojos la venda con la cual hasta ahora había podido ser admitido en el Templo y ve alrededor de sí, en la semioscuridad del lugar en que se encuentra, a todos los hermanos de pie con la cabeza envuelta en un capuchón negro, y en la mano izquierda una espada dirigida a su pecho. Estas espadas no son, empero, una amenaza: partiendo de la mano izquierda, o sea del lado del corazón, son el símbolo de los pensamientos de todos los presentes, todavía desconocidos para él (y por esta razón velados), que convergen con benevolencia hacia el neófito y de la concordia de sentimientos con los cuales se lo recibe.

Haciéndole notar que estos hermanos, testigos silenciosos de sus obligaciones (e imagen de las fuerzas silenciosas que nos rodean), están dispuestos a ayudarlo y socorrerlo en el caso de que cumpla con sus obligaciones, así como a castigarlo como es debido en caso de trasgresión, se le ofrece por última vez la oportunidad de retirarse, y bajo la seguridad de que el juramento pronunciado no le da ninguna inquietud, se le concede la plena luz: los hermanos presentes se descubren, bajando sus espadas y quedando en orden, mientras el templo se ilumina con toda claridad.

Las espadas son el símbolo de todas las fuerzas desconocidas que en la vida constantemente favorecen y ayudan a quien permanece constantemente fiel a sus ideales y obligaciones, a pesar de la situación difícil y de las condiciones en apariencia contrarias en que se encuentre, mientras se convierten en otros tantos flagelos, remordimientos y castigos para quien cede y se asusta, renunciando y faltando el cumplimiento de ellas. La vida se hace siempre más dura, difícil e insatisfactoria para los que ceden a la contrariedad aparente de los hombres y de las cosas y se dejan desalentar por su frialdad y falta de cooperación.

Nunca y por ninguna razón debe uno renunciar a la expresión de su propio Ser más elevado y del Divino deseo que constituye el anhelo de su corazón: son éstos para él, además de un privilegio, una obligación y un deber cuyo perfecto cumplimiento le asegura la investidura de su Progenitura. Si bien debe uno saber esperar con firmeza y confianza, sin que su entusiasmo se entibie o se enfríe, permaneciendo siempre fiel en lo íntimo de su corazón a lo que en él representa el reflejo del propio Verbo Divino y su más elevada visión de la Realidad.

Con esta firme actitud de su conciencia, delante de las pruebas contrarias de la vida, se hace la luz gradualmente, en su mundo exterior; las adversidades y los mismos enemigos se descubren, y aparecen ahora como "amigos", habiendo depuesto la máscara, o apariencia hostil, que escondían sus semblantes, y toda sombra pavorosa se desvanece de su existencia: es la plena luz que pasa libremente desde el interior, y se derrama sobre el mundo externo, una vez que hemos sabido resistir con Fe inalterable, fidelidad y persistencia todas las contrariedades que se nos han presentado.

La luz ha sido siempre considerada como el símbolo más apropiado de la Divinidad y de la Realidad.

El mismo San Juan, el apóstol iniciado, nos dice en su primera epístola: "Dios es Luz y en él no hay tinieblas". Conocer la luz es, pues, conocer la

Verdad y comunicarse con la misma Divinidad, que es bien Omnipresente, y hacernos otros tantos Centros o Canales, por medio de los cuales esa Luz se manifiesta en nuestra vida y alrededor de nosotros. La Luz que el iniciado recibe, como premio y consecuencia de sus esfuerzos, es un símbolo de trascendental importancia en todas sus acepciones: la capacidad de ver la luz e ingresar en su percepción constituye, pues, toda la esencia y la finalidad de la iniciación.

Restituido a la visión exterior de las cosas, con quitársele la venda que le cubría los ojos, después de haber sido iniciado en la visión interior de la conciencia, el candidato experimenta al principio una profunda decepción, en cuanto la realidad exterior se aparece en su aspecto más sombrío y negativo. Pero, aprendiendo a combinar la visión de los sentidos con la íntima visión de la Realidad, adquiere también la capacidad de manifestar y ver exteriormente la Luz de la cual ha adquirido la percepción interior, y la ilusión de lo aparente pierde todo el poder para él.